

JOSÉ MANUEL MARTINO, IN MEMORIAM

Texto elaborado por Javier G. Fernández Teruelo, Decano de la Facultad y Catedrático del Área de Derecho Penal. Publicado en la web de la Facultad el 15 de octubre de 2021.

Recuerdo, como si fuera hoy, mi primer encuentro con José Manuel (Martino para casi todos). Era mi primer día, como becario, en el Área de Derecho penal. Aquella era otra Universidad, en la que las distancias personales, académicas y el peso de las jerarquías eran muy superiores a las de hoy. Y suerte la mía, que nada más llegar, ahí estaba él, precisamente él, mirándome con su ojos pequeños e inquietos, llenos de vivacidad. Mientras yo sudaba la gota gorda por los nervios del primer día, él me dijo: «hola, Javi, bienvenido», a la vez que me ponía una mano en el hombro. Ese día me ganó para siempre. Desde el primer momento se ofreció a ayudarme, a acompañarme, a animarme cuando no todo iba bien, y lo que hizo conmigo lo hizo con muchos más, desde el primer minuto hasta el último, de forma completamente desinteresada. Así era José Manuel, cariño, afecto, bondad, simpatía por los cuatro costados.

Quizá no era el que más sabía, pero sin duda era el que más quería y cómo quería tanto y de un modo tan sincero, de inmediato se hacía querer. Destilaba empatía y simpatía, lo que, mezclado con su gran capacidad expositiva, le llevó a ser a principios de los años 90 el profesor con mayor puntuación de toda la Universidad en la evaluación que hacían los alumnos, recibiendo por ello la felicitación escrita de la entonces vicerrectora Marita Aragón, papel que con tanta ilusión me enseñaba.

Pero como a veces les ocurre a los buenos, llegaron los golpes, golpes que en su caso fueron demasiados, uno tras otro, un permanente cúmulo de intensas desdichas se cebaron con él. Y él, que había sido y era tan bueno con todos los demás, cuando se vio anímicamente desbordado, dejó de ser bueno con él mismo.

Curiosamente los últimos años, jubilado por enfermedad, con un importante castigo físico y mil heridas en el alma y otras tantas en el cuerpo, fue cuando recuperó la paz. Se dedicaba a la lectura, a su oviedín del alma, a la reflexión con pausa, en definitiva, a lo que nunca antes había podido hacer, ordenando y asimilando y dejando en su justo sitio lo bueno y lo mucho malo que tuvo que vivir, y así hasta el golpe final, que ahora se lo ha llevado.

Vivimos en un mundo en el que prima lo material, la búsqueda del éxito a cualquier precio, la imagen y la ambición, y ese no era el mundo de Martino, ahí nunca se supo mover bien, en realidad, ni siquiera lo intentó. Si en el ranking de valores de la sociedad actual primase la bondad, el cariño, la amistad y el afecto, tan bien reflejados en esa mirada que tanto recuerdo de aquel primer día, José Manuel estaría en el selecto club, sin duda con los mejores. Hasta siempre amigo.